

implacable de los sentidos. Este conflicto, salvo raras excepciones, todo hombre, toda mujer que ama largo tiempo lo lleva en sí. Se percibe o no, surge o dormita, pero existe.

Y más adelante, agrega:

He escogido este asunto como se toma un corazón enfermo, para saber mejor lo que se oculta en un corazón sano, y como se estudian los trastornos mentales para comprender el movimiento de la inteligencia.—*E. G. R.*

SOL DE OTOÑO, NOVELA, por *Ruperto Murillo*. Imprenta Nascimento, 1931.

André Gide, que no es más que un crisol de sensaciones, la quinta esencia de lo crítico, una idea formal cuya gran potencialidad le capacita para repercutir en el sistema nervioso, nos entrega en cada una de sus etopeyas cien epígrafes trascendentes. Hoy, al leer el nuevo libro de Ruperto Murillo, recordamos este viejo concepto, remozado por el maestro: «La nature a horreur du vide». Y lo citaremos siempre que caiga en nuestras manos la obra de un autor que no escribe, sino que se pone a escribir... Que se pone a escribir una novela con cierto buen sentido, a base de esa experiencia de la vida que es casi un lugar común y que la decora con una realidad teatral. La naturaleza tiene horror al vacío. Y estos autores llenan su vacío natural con la vieja imaginación de que hacían alarde los bisabuelos de los actuales poetas. Olvidan o no

sienten que la imaginaria pura, fácil, fuente de por sí, ha debido reemplazarse por una captación de los efluvios espirituales de la vida misma. Por eso sus obras resultan demasiado «tèrre a tèrre» o demasiado fuera de la tierra. Nunca descubrirán la clave de una realidad, de cualquiera realidad, por muy abstracta que sea.

«Sol de Otoño» es una novela que puede entretener al gran público; a nosotros nos entretiene también, es verdad, pero nos deja la sensación de algo que, estando demás, era forzoso...

La nature a horreur du vide. Esto lo repite hasta la saciedad el autor de «Corydon». La nature a horreur de Gide. Esto lo enuncia, originalmente, el doctor Nazier, autor del «Anticorydon». ¡Y confíen Uds. en la perenne inmunidad de las frases inmortales!—*C. Vattier B.*

LA MARISCALA. (Evocaciones campesinas), por *Juan Mario Magallanes*.

La novela y el cuento criollo, que tantos cultivadores tienen en América, y entre los que sobresalen Mariano Latorre y Montiel Ballesteros, van dando la fisonomía propia de paisajes y de hombres sudamericanos a los que leen en España cosas de este Continente.

Y en España interesa y apasiona lo típico nuestro más de lo que aquí se cree, mientras no se escatima una sonrisa burlona cuando plumas sudamericanas quieren fijar el am-

biente de Sevilla o de otras regiones ibéricas.

Este libro (1) de Juan Mario Magallanes no es un libro criollo más que se suma a la copiosa bandada criollista. Es un gran libro de un gran conocedor del paisaje uruguayo, que siente el campo y sabe pintarlo con sobriedad, y que conoce la psicología del criollo y trasmite al lector la simpatía con que ha penetrado en el laberinto de esas almas humildes.

Porque en la misma sencillez espiritual del labriego estriba la dificultad que muchos de los escritores regionales no logran vencer. Hay un proceso de adaptación, de desdoblamiento, podríamos decir, que no todos son capaces de realizar.

Acaso falte a estos relatos campesinos del prosista uruguayo el nervio central que mueve toda novela, y los contornos apretados del clásico cuento francés. El propio autor, al llamarlos modestamente «evocaciones campesinas» ya nos dice que no pretende que se encajille su obra entre las novelas o los cuentos sudamericanos. Le basta con que sean relatos de su tierra.

Dominio absoluto de la forma, gran conocimiento del idioma; novedad y justeza en los adjetivos y riqueza de imágenes que nos dan la impresión de haber sido afanosamente buscada, hacen de este libro oriental un gran libro americano.

De todos los relatos que forman *La Mariscal*, *Serenata*, en que revive la época colonial, y *Riña*, que pinta de mano maestra una pelea

de gallos, nos parecen lo mejor entre todo lo bueno del libro.

Si con algún escritor chileno pudiera compararse a Juan Mario Magallanes, sería Federico Gana el elegido por nosotros. Tiene el prosista uruguayo la misma elegancia espiritual de nuestro compatriota, que vivió y sintió hondamente la vida del campo chileno, penetrando el alma criolla, pero escribió sus obras sin dejar nunca de ser el patrón entre sus personajes, aunque no apareciera entre ellos.

Conocíamos a Magallanes como poeta por su libro *La Ruta*, publicado en 1922, y nos sorprende ahora con su magnífica prosa que más de algún novelista fogueado tendrá que envidiarle. Grata sorpresa, por magnífica y por lo bueno que augura.—
P. S.

POESIA.

ROSAS DE CERA, *poemas de Yolanda Reyes*. Quito, 1932.

Recomendamos y no aconsejamos hacer una revisión de este maravilloso herbario. Es lo más ponderado que puede producirse en materia de hipertrofia tropical. Trae «composiciones» dignas de ser bordadas a mano para servir de premios en un colegio de monjas Carmelitas. Sólo podrían ser más dulces que ellas mismas; pero, en todo caso, son veinte ejemplares de elefantiásis romántica. Sus versos, de metro perfecto, han sido inspirados por el agua de Melisa y una luna de

(1) Editorial «La Cruz del Sur». Montevideo, 1931.